

Ese, que de los rayos del olvido  
 queda entre sus laureles preservado,  
 durando su respeto eternizado  
 de la Fama en el eco repetido;

Ara es, donde el afecto fervoroso  
 por víctima fiel el llanto vierte,  
 aunque á la Parca no suavice el ceño.

Aquí el gran Sentmanat logra reposo  
 que, si el sueño es imagen de la muerte,  
 aquí la muerte en realidad es sueño.



De don Juan Manuel de Rojas

En la patria que ves desmembrada  
 en sus brazos la patria muerta  
 (Oh, amantísimo país, cómo te amo)  
 universal dolor en una herida

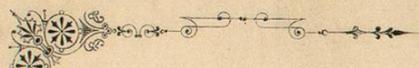
Del gran Manuel la gloria repetida  
 en soledad horribilísima  
 que miras con respeto en la tierra  
 quien los españoles con la vida

De sus cosas públicas en lo claro  
 y en lo íntimo recubierta de los ojos  
 la fama la memoria de su memoria

Y el que el fin de la patria adolorida  
 trajo a la Parca llorando por despojo  
 en poca tierra cubren tanta gloria

Del licenciado don Alvaro Caceres

Por insensiblemente empurrado  
 rumbo de elementos desconocidos  
 que en esta tierra de lágrimas bañado  
 tanto de espanto y tanto de dolorido



# DIENTE DEL PARNASO

POR

## JUAN DE CAVIEDES



# DIENTE DEL PARNASO



COMPLEMENTARIO del manuscrito *Flor de Academias* nos parece el dar á luz el *Diente del Parnaso* y las poesías sueltas del limeño Juan de Caviedes, el único poeta justicieramente merecedor de aplauso que tuvo el Perú en el siglo xvii.

Ya en 1873, en muy incorrecta edición, habíamos dado á conocer las producciones de Caviedes que, hasta aquel año, permanecían inéditas. Hoy, teniendo á la vista un manuscrito que perteneció á la librería Zegarra, hemos hecho algunas correcciones sustanciales.

No hemos creído tampoco fuera de lugar el reproducir los dos artículos con que, á manera de prólogo, dimos principio á la ya agotada edición de 1873.

## EL POETA DE LA RIBERA

En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera á nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura. Era una copia, hecha en 1693, de los versos que, bajo el mordedor título de *Diente del Parnaso*, escribió por los años de 1683 á 1691, un limeño nombrado don Juan del Valle y Caviedes.

Caviedes fué hijo de un acaudalado comerciante español, y hasta la edad de veinte años lo mantuvo el padre á su lado, empleándolo en ocupaciones mercantiles. A esa edad enviolo á España; pero, á los tres años de residencia en la metrópoli, regresó el joven á Lima, obligado por el fallecimiento del autor de sus días.

A los veinticuatro años, se encontró Caviedes poseedor de modesta fortuna, y echóse á triunfar y darse vida de calavera,

con gran detrimento de la herencia y no poco de la salud. Hasta entonces no se le había ocurrido nunca escribir versos; y fué en 1681 cuando vino á darse cuenta de que en su cerebro ardía el fuego de la inspiración.

Convaleciente de una grave enfermedad, fruto de sus excesos, resolvió reformar su conducta. Casóse, y con los restos de su fortuna puso, en una de las covachuelas ó tenduchos vecinos al palacio de los virreyes, lo que, en esos tiempos, se llamaba un *cajón de ribera*, especie de arca de Noé, donde se vendían al menudeo mil baratijas.

Pocos años después quedó viudo; y *el poeta de la Ribera*, apodo con que era generalmente conocido, por consolar su pena, se dió al abuso de las bebidas alcohólicas que remataron con él en 1692, antes de cumplir los cuarenta años, como él mismo lo presentía en uno de sus más discretos romances.

Por entonces, era costosísima la impresión de un libro, y los versos de Caviedes volaban manuscritos, de mano en mano, dando justa reputación al poeta. Después de su muerte, fueron infinitas las copias que se sacaron de su libro *Diente del Parnaso* y de sus poesías sueltas. En Lima, además del manuscrito que poseíamos, y que nos fué sustraído con otros papeles curiosos, hemos visto en bibliotecas particulares tres copias de estas obras; y en Valparaíso, en 1862, tuvimos ocasión de examinar otra, en la colección de manuscritos americanos que poseía el bibliófilo don Gregorio Beeche.

Caviedes ha sido un poeta bien desgraciado. Muchas veces hemos encontrado versos suyos en periódicos del Perú y del extranjero, anónimos ó suscritos por algún pelafustán. En vida fué Caviedes víctima de los empíricos, y en muerte vino á serlo de la piratería literaria. Coleccionar hoy sus obras es practicar un acto de honrada reivindicación. Al César lo que es del César.

El bibliotecario de Lima don Manuel de Odriozola, que tan útilmente sirve á la historia y á la literatura patrias, dando á la estampa documentos poco ó nada conocidos, es poseedor de una copia de los versos de Caviedes, hecha en 1695. Desgraciadamente el manuscrito, amén de lo descolorido de la tinta en el trascurso de dos siglos, tiene tangarrafales descuidos del pluma-rio, que hacen de la lectura de una página tarea más penosa que la de descifrar logogrífos. Sin embargo, á fuerza de empeño y

tiempo, haciendo á la vez una nueva copia, hemos conseguido ponerlo en condición de poder pasar á manos del cajista.

Habríamos querido corregir también frases, giros poéticos, faltas gramaticales y aún eliminar algo; pero, aparte el temor de que algún zoilo nos niegue competencia, hemos pensado que á un poeta debe juzgársele con sus bellezas y defectos, tal como Dios lo hizo, y que hay mucho de pretensioso, y algo de profanación, en enmendar la plana al que escribió para otro siglo y para sociedad distinta.

Ha mucho más de un siglo que los editores del famoso *Mercurio peruano*, lamentando que las producciones de Caviedes permaneciesen inéditas, decían:—« Los versos de nuestro célebre limeño agradarán á cuantos los leyeren, y merecen colocarse al lado de los más chistosos satíricos.»

Caviedes no se contaminó con las extravagancias y el mal gusto de su época, en que no hubo alumno de Apolo que no pagase tributo al gongorismo.

En la regocijada musa de nuestro compatriota no hay ese alambicamiento culterano, esa manía de lucir erudición indigesta, que afea tanto las producciones de los mejores ingenios del siglo xvii. A Caviedes lo salvarán de hundirse en el osario de las vulgaridades, la sencillez y naturalidad de sus versos, y la ninguna pretensión de sentar plaza de sábio. Décimas y romances tiene Caviedes tan frescos, tan castizos, que parecen escritos en nuestros días.

A riesgo de que se nos tache de apasionados, vamos á emitir, en síntesis, nuestro juicio sobre *el poeta de la Ribera*.—En el género festivo y epigramático, no ha producido hasta hoy la América española un poeta que aventaje á Caviedes.—Tal es nuestra conciencia literaria.

Las galanas espinelas á un médico corcobado, á quien llama más torcido que una ley cuando no quieren que sirva

el sabroso coloquio entre la Muerte y un doctor moribundo; el repiqueteado romance á la bella Anarda, sus recetas para ser lo que uno quisiere ser, y otras muchas de sus composiciones, no serían desdeñadas por el inmortal vate de la sátira contra el matrimonio.

Réstanos aún, como se dice, el rabo por desollar. El *Diente del Parnaso* escandalizará oídos susceptibles, sublevará estómagos delicados y no faltará quien lo califique de desvergonzadamente inmoral. Vamos á cuentas.

Que más que las ideas son nauseabundas y mal sonantes las palabras que emplea el poeta en varias de sus poesías, es punto que no controvertimos; aunque pudiera decirse que el tema forzaba al escritor á no andarse con muchos perfiles ni cultura. ¡Gordo pecado es llamar al pan, pan, y al vino vino! Pero en esto no vemos razón para que, por los siglos de los siglos, se conserve inédito y sirviendo de pasto á ratones y polilla un libro que, dígase lo que se quiera en contrario, será siempre tenido en gran estima por los que sabemos apreciar los quilates del humano ingenio. Si fuera razón atendible la de la desnudez de la frase, muchos de los mejores romances de Quevedo (y entre ellos el que empieza —yo el menor padre de todos)— y muchas admirables producciones de otros escritores antiguos, no habrían alcanzado la gloria de vivir en letras de molde.

Pero por delicados y quisquillosos que seamos, en estos tiempos de oropel y de máscaras; por mucho que pretendamos disfrazar las ideas, haciendo para ellas antifaces de las palabras, hay que reconocer que, en la lengua de Castilla, tiene Caviedes pocos que lo superen en donaire y travesura.

Tenemos á la vista los tres tomos con que, en 1872, ha iniciado la casa editorial de Rivadeneira, en Madrid, la publicación de libros raros ó inéditos y, exep tuado el volumen del *Cancionero de Estúñiga*, los otros dos corren parejas, si no exceden, en cuanto á pulcritud de voces, con el *Diente del Parnaso*. Y téngase muy en cuenta que tal publicación se hace bajo los auspicios de la Real Academia Española, cuerpo respetable que, en materia de estilo, *limpia, fija y da esplendor*.

El volumen de la *Trajicomedia de Lisandro y Roselia*, centón de picantes y obscenos chistes, es juzgado por don Juan Eugenio Hartzenbusch; y el de la *Lozana Andaluza*, historia en que se pintan con colores muy verdes y gran desnudez de imágenes, las escandalosas aventuras de una meretriz, ha merecido ser citado con elojio, en la Biblioteca de Autores españoles, por el culto don Pascual de Gayangos.

La autoridad, por mil títulos respetable, de estos dos ilustrados académicos, destierra de nuestra alma todo escrúpulo. Para

la gente frívola, será este un libro gracioso, y nada más. Para los hipócritas, un libro repugnante y digno de figurar en el *Indice*. Pero para todo hombre de letras será la obra de un gran poeta peruano, de un poeta que, si en erudición y doctrina le es inferior, rivaliza, en agudeza y sal epimigrática, con el señor de la torre de Juan de Abad.

RICARDO PALMA.

(1873)

DON JUAN CAVIEDES

FRAGMENTO DE UNOS ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA POÉTICA DEL PERU

